

—Vamos, exclamó Medina, la señora te tiene en un puño.

—Va á ser necesario, advirtió Guillen, que le pidamos permiso á la señora para dirigirte la palabra.

Nada contestó Miguel á esta doble observacion, sin duda por no detenerse, pues cogió el sombrero y desapareció por la biblioteca.

Medina tomó un habano y Guillen cogió un periódico, diciendo el primero:

—Decididamente, no nos conviene esta Marquesa.

—No, contestó el otro; la criolla es mucho mejor partido.

Y ambos guardaron silencio, como dos personas que todo se lo tienen dicho. Medina, más activo, comenzó á pasearse, mientras Guillen, más cómodo, se tendió en una butaca.

Así esperaron, uno fumando y otro leyendo, saboreando cada uno para sí el cigarro y el periódico. Medina llenándose la boca de humo de tabaco y Guillen llenándose los ojos de humo de imprenta.

---

## CAPÍTULO VI.

Dos noticias interesantes que no tienen nada de particular.

No tardó Miguel tres minutos en subir al cuarto principal, porque esta vez tenía su impaciencia un pretexto que no debemos desconocer. Es muy posible que el afán de ver á la Marquesa lo impulsára á subir la escalera como suelen bajarla los chicos cuando salen del colegio, esto es, á dos, á tres y á cuatro escalones; pero sin duda nuestro héroe subía, digámoslo así, á escape, creyendo de buena fe que se apresuraba tanto únicamente por no hacer esperar mucho tiempo á sus amigos. Cosa bien natural si se

observa la facilidad con que nos dejamos engañar por nosotros mismos.

Cuando llegó al recibimiento no encontró en él á nadie, por la sencilla razon de que el lacayo, mensajero de la voluntad de la Marquesa, no habia vuelto todavía; mas ántes de que hiciera sonar la campanilla llamando á un criado que lo anunciára, vió la risueña cara de Mundeta asomar por entre dos cortinas, guiñando graciosamente los ojos, como quien dice: estoy en el secreto.

Miguel dió un paso hácia la doncella, y ésta, separando las cortinas, descubrió toda su persona, diciendo con voz misteriosa:

— Por aquí, caballero, por aquí.

Miguel le preguntó:

— ¿Está visible la señora Marquesa?

— Visible..... ya lo creo, contestó la doncella; está más que visible.....

— ¡Más! exclamó Miguel.

— Más, repitió ella. Y bajando la voz añadió: está impaciente.

— ¿Le ha ocurrido alguna cosa desagradable?

— No..... le ha ocurrido ver á V., y eso

me parece que no le ha de ser desagradable. ¿No es V. de mi misma opinion?

— No sé, hija mia; pero si está impaciente, me parece que debe V. apresurarse á anunciarle mi venida.

— Eso prueba, añadió Mundeta, que V. también está impaciente, y en ese caso pase usted, caballero, pase V. Y apartándose, levantó cuanto pudo la hoja de la cortina.

— Me parece, dijo Miguel, que debe V. anunciarme.

— No señor, no es necesario; V. está dispensado de esa formalidad.

Miguel entró, cruzó varias habitaciones y llegó al fin á la puerta del gabinete reservado de Luisa. Indudablemente conocia el camino á palmos, pues no vaciló ni se detuvo hasta llegar al sitio donde iba. Mundeta, que lo seguia, lo abandonó á su suerte en medio del camino.

He dicho que llegó á la puerta del gabinete reservado que ya conocemos, y debo añadir que, á pesar de la prisa con que habia subido la escalera para no hacer esperar mucho tiempo á sus amigos, se detuvo á

tes de entrar, poseido de ese deseo, tan comun en los amantes, que consiste en sorprender y contemplar al objeto de sus ansias en el abandono á que la soledad incita; en ese estado de confianza y de sinceridad á que nos entregamos cuando creemos que nadie nos ve, que nadie nos mira; en ese momento en que nos despojamos de todo fingimiento, porque ya todo fingimiento es inútil. Yo infiero la cara que el hombre pondrá cuando está á oscuras por la que suele poner cuando está solo. No siempre somos tan débiles que caigamos en la peligrosa tentacion de mirar por la cerradura de una puerta detras de la cual hay álguien ó sucede algo, á pesar del poderoso atractivo que sobre los ojos humanos ejercen las cerraduras de las puertas; mas póngase detras de ellas al hombre que se ama ó á la mujer que se adora, y la cerradura de la puerta, sin saber cómo, vendrá á ponerse delante de nuestros ojos para decirnos si *él* ó *ella* rie ó llora, duerme ó vela, lee ó reza, escribe ó cose.

Los amantes gozan del singular privilegio de ver continuamente en el espejo de la ima-

ginacion las imágenes, no siempre bellas, de los seres que aman; pero me inclino á creer que todos cambiarían el dón de estas visiones por la facultad de poderlos ver en el espejo de la soledad á traves de una cerradura indiscreta ó por debajo de una puerta imprudente.

Miguel se detuvo, contenido por tan tierna curiosidad, y se creia con derecho á este traidor espionaje, porque el amor se cree con derecho á todo, y vaya V. á decirle á un loco que tenga juicio.

Desde la puerta veia sin ser visto; pero..... ¡vana curiosidad!..... ¿qué veia?..... en rigor nada..... Veia á la Marquesa sentada delante del escritorio con la cabeza caida sobre el pecho, siguiendo con los ojos el rápido movimiento de la pluma con que escribia, interrumpiéndose de vez en cuando para consultar el contenido de una carta que tenía abierta encima de la mesa, y á la cual indudablemente contestaba.

Por lo comun la cara del que escribe es una cara seria, reflexiva y atenta, que oye muy formalmente y sin perder palabra todo

lo que al papel confía la mano : el que escribe se escucha.

La cara de Luisa era, pues, la cara del que escribe : un poco fruncido el entrecejo, algo arqueadas las cejas, inclinado el rostro sobre el hombro derecho, los ojos bajos, la boca siguiendo con movimientos casi imperceptibles las múltiples combinaciones de las letras que forman las sílabas y de las sílabas de que se componen las palabras. Mas esta atenta seriedad, propia del caso, se desvanecía de vez en cuando bajo los contornos fugitivos de una sonrisa, que pasaba por su semblante inmóvil, como un soplo por la superficie de un estanque. Le sonreía á su propio pensamiento al verlo nacer al paso de la pluma, y parecía que se miraba en él con la misma complacencia con que solía admirarse en el espejo.

Á Miguel no pudo escapársele que su adorada Luisa se hallaba en un momento de inspiracion y que saboreaba muy agradablemente el efecto que habia de producir lo que estaba escribiendo..... y pensó que era una carta de interes la que tenía entre manos.

¿Á quién escribía tan largo y tendido?..... La pluma se detenía muchas veces, como la aguja del reloj al cual se le acaba la cuerda, y entónces los hermosos ojos de la Marquesa se alzaban lentamente, buscando en las ricas molduras del techo una palabra propia, una frase feliz ó un pensamiento oportuno.

Impaciente por saber qué era aquello, movió el *portier* que cubría la puerta, preguntando :

—¿Se puede?

—Adelante, contestó la Marquesa, soltando la pluma, pero sin levantarse.

Se adelantó Miguel hasta ella y estrecharon sus manos más tiempo del que se necesitaba para cumplir con la formalidad de un saludo afectuoso.

En este tiempo pudo Miguel pasear furtivamente la mirada por la mesa y observó dos cosas. Primera, que Luisa escribía en la cuarta carilla, lo cual era indicio de que las otras tres estaban ya escritas. Y segunda, que la carta á que indudablemente contestaba habia desaparecido de encima de la mesa, lo cual decía claramente que la habia ocultado.

Hechas ambas observaciones dijo :

—Tal vez ha sido una imprudencia interrumpir tan empeñada tarea.

—Se equivoca V., señor mio, replicó la Marquesa al mismo tiempo que se ponía de pié, porque ya he concluido.

—Me alegro, señora, de haber tenido la discrecion de llegar tan á tiempo.

—Siempre, caballero, le sucederá á V. lo mismo.

—Alguna vez es posible que no tenga la fortuna de ser tan oportuno.

—Nunca sucederá eso, exclamó Luisa.

—¿Por qué? preguntó Miguel.

—Porque..... Vamos, ¿serás tan cruel que me obligues á decirlo?

—Más cruel serás tú si te empeñas en callarlo.

—Entónces lo diré, y óyelo bien para que no se te olvide. Siempre llegarás á tiempo..... siempre..... porque todo acaba para mí donde tú empiezas.

Dijo esto la Marquesa tendiéndole por segunda vez la mano, sin duda para que Miguel pusiera en ella la respuesta. Así debió

comprenderlo el jóven afortunado, pues se inclinó gallardamente hasta besarla.

—Muy bien, exclamó ella dando suelta á una gentil carcajada; esto es lo que se llama encontrarse *manos á boca*.

—Y bien, dijo Miguel, ¿á qué feliz ocurrencia debo la dicha de verte en este momento?

—¡Ah!..... ya no me acordaba, contestó..... y es que tienes el singular privilegio de hacérmelo olvidar todo..... Siéntate..... aquí, junto á mí y hablemos.

Miguel se sentó junto á ella, y ambos se quedaron contemplándose. Despues que esta preciosa niña de treinta y cinco años hubo encendido el alma del jóven con el fuego de todos los deseos, bajó modestamente los ojos, retiró la mano, que Miguel tenía aún entre las suyas, y ladeó la cabeza, exclamando con dulzura :

—Vamos, Miguel, juicio.

—¡Juicio! dijo éste. ¿Acaso es una locura amarte?

—No lo sé..... Algunas veces me parece esto un sueño y me aterra la idea de desper-

tarme y cierro los ojos á todo para seguir durmiendo..... Otras veces me sonrie la idea de que estoy despierta, y la realidad me espanta; porque, ¡ah! la realidad es siempre triste, dura y cruel..... en ella se desvanecen todas las ilusiones; de manera que no sé á qué carta quedarme: me da miedo de que este amor sea verdad y no puedo resignarme á que sea mentira. No te rias, porque el caso es muy serio..... Dime con franqueza, con lealtad, ¿estás seguro de no olvidarme nunca?

Hé ahí una pregunta que solo Dios sabe los millones de veces que se habrá hecho y á la que siempre se ha dado la misma respuesta.—¿Me olvidarás?..... hé aquí una pregunta de pié de banco.—Nunca, hé ahí la respuesta de cajon.

Nuestro enamorado héroe tuvo en los labios la respuesta que todos tienen de antemano hecha para semejante pregunta; pero habia en la manera, en el tono, en la expresion del semblante con que la Marquesa preguntaba esa tontería; tan vivo interes, tan inquieta curiosidad, que Miguel se detuvo

sin atreverse á dar respuesta ninguna, y Luisa prosiguió diciendo:

—Más me agrada la sinceridad de tu silencio que todas esas palabras con que los amantes de comedia se aseguran la eternidad de su fe con juramentos que se pronuncian con la misma facilidad que se olvidan. Se puede decir «te amo», pero no se debe decir «te amaré.» ¿No has olvidado tú nunca?

Esta nueva pregunta entró repentinamente en la memoria de Miguel como un rayo de luz inesperado que ilumina de pronto la oscuridad que nos rodea, descubriéndonos los más ocultos rincones del lugar en que nos hallamos. Así es que Miguel vió allá, en el fondo oscuro de su pensamiento, la sombra de Magdalena, y cerrando los ojos á esta vision interior de su alma dijo:

—No sé dónde vas á parar con esas cavilidades, que se destruyen con una sola palabra.

—Pronúnciala, exclamó Luisa.

—Óyela.

—Di.

—Es ésta : no hay más que un amor, no se ama más que una vez.

—¿Cuándo? preguntó la Marquesa.

—No entiendo la pregunta, contestó Miguel.

—Quiero decir, añadió ella, que cuál es ese amor único y solo. ¿El primero ó el último?

—El verdadero.

—Es lo mismo, insistió la Marquesa, y me obligas á repetir la misma pregunta. ¿Cuál es el verdadero? ¿en qué se conoce?

—Se conoce en que no es posible olvidar al sér que lo inspira.

—¿Y cuándo se averigua eso?

—Cuando se siente.

—Bien comprendo que al llegar á los últimos límites de la vida, hojeando cada cual la historia secreta de su corazón, señale en su memoria una página que pueda estar al principio, en medio ó al fin del volúmen de sus recuerdos, y diga: «Hé aquí al hombre que más he querido, ó ésta es la mujer que más he amado.....» Pero eso, querido mio, es demasiado tarde..... Entonces ya no es

hora de volver por una felicidad que tuvimos en la mano y que apartamos sin conocerla, cegados por mentirosos afectos..... Entonces no nos queda más recurso que llorar nuestra desdicha, porque entonces es cuando el amor verdadero, el único, se levantará ofendido á vengarse de nuestra ingratitud, diciéndonos: « Todo ha sido mentira. »

Ignoraba la Marquesa el verdadero efecto que sus palabras causaban en Miguel, porque no sabía qué género de recuerdos ni qué especie de temores despertaba con ellos en el corazón de su amante; mas le pareció ver en su rostro una sombra de tristeza, y cambiando de tono le dijo:

—No hablemos más de esto..... nosotros no nos engañamos. Y en verdad no te he hecho venir para abrir una cátedra de teología amorosa. Óyeme, porque voy á darte noticias que no tienen nada de particular, pero que no dejan de ser interesantes. No dirás que no soy tan amena como un periódico. Ya hemos hecho el artículo de fondo, vamos ahora á la gacetilla.

Sonrióse Miguel, celebrando la gracia de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA

"ALFONSO REYES"

19do. 1625 MONTERREY, MEXICO

la Marquesa, y aún tuvo intencion de añadir él otra de su cuenta siguiendo el símil; mas se mordió la lengua, recordando la historia de las cuartillas del artículo de *El Oriente*; recuerdo que, mal escondido en su memoria, sacaba la cabeza algunas veces, haciendo sonar en su conciencia el sordo ruido de los *Cencerros tapados*. No obstante, se sonrió y dijo:

—Sí, tienes razon, dejemos á un lado el artículo de *fondo* y vamos á la *gacetilla*. Vengan, pues, esas dos noticias interesantes, que no tienen nada de particular, por las que, estoy seguro de ello, sería capaz *La Correspondencia* de dar..... un *suplemento*.

Sonrióse á su vez la Marquesa, diciendo:

—Atencion. Primera noticia..... Mi hermano ha escrito.

—¡Ah! exclamó Miguel, ya era tiempo. Su repentina é inexplicable ausencia y su obstinado silencio daban pábulo á sospechar alguna desgracia..... No me atrevia á comunicarte mis temores acerca de este asunto, pues aunque tú, cuandoh ablábamos de ello, no mostrabas recelo ninguno y ladeabas la

conversacion diciéndome: «déjalo, mi hermano es un loco», la verdad es que yo no las tenía todas conmigo.

—Pues bien, ya puedes estar tranquilo, porque ha escrito.

—Oh, eso es interesante.

—Mucho, y sin embargo, no tiene nada de particular que un hermano le escriba á su hermana; es la cosa más natural del mundo..... Ve, pues, cómo no teniendo nada de particular, mis noticias son interesantes.

—Reconozco la exactitud de tus palabras..... pero sepamos, ¿qué dice el Duque?

—Dice textualmente que ha sido muy dichoso en su viaje; pero que cansado ya de tanta felicidad ha resuelto volver. Esto es en sustancia lo que dice.

—¿Y de dónde escribe?

—Escribe de París.

—Y no indica nada del motivo de su incomprendible ausencia?

—Ni una palabra..... eso no lo sabremos nunca.

—¿Pues?

—Imagínate..... se le pondría en la cabeza, y no necesitó más para ejecutarlo. Además ha escrito otra carta que me incluye.

—¿Para quién? preguntó Miguel con cierta viveza.

Luisa clavó en él una mirada penetrante, entornando los ojos para hacerla más intensa ó tal vez para disimular al mismo tiempo su intensidad, y contestó:

—Para tu pareja.

—¡Ah! exclamó Miguel, sin duda por decir algo, y quizá porque habria creído que aquella segunda carta era para él.

—Sí, añadió Luisa recalcando las palabras, para su futura.

—Ya comprendo: para Mercedes.

—Precisamente, prosiguió diciendo la Marquesa con natural indiferencia..... y como debe estar algo picada por su ausencia y su silencio, ando buscando la manera más halagüeña de ponerla en sus manos. ¿Quieres tú llevársela?

—Yo, contestó Miguel..... no soy la persona más á propósito para desempeñar una comision semejante.

—Entónces yo misma se la llevaré.

—Eso me parece más oportuno.

—Sí; pero vendrás tú conmigo.

—Iré si te empeñas en ello.

—Me empeño.

El amor tiene un lenguaje particular dentro del lenguaje comun, por medio del que las mujeres, sobre todo, expresan sus más ocultos pensamientos en las formas más sencillas, que no siempre suelen entender los hombres, que por lo comun carecen de esa delicada penetracion que Dios, con profunda sabiduría, ha concedido á las hijas de Eva al concederles el usufructo de los sentimientos.

Así es que cuando una mujer con dulce naturalidad pregunta al hombre á quien quiere: «¿No es verdad que mi prima Isabel es muy hermosa?.....» Quiere decir: «Como vuelvas á mirarla te saco los ojos.» Cuando otra, en medio de una conversacion indiferente, halla manera de ingerir estas palabras: «Toda la tarde la he pasado en el balcon», es que dirige á alguno de los que la escuchan la interpelacion siguiente: «¿Dónde

demonios te has metido esta tarde?» Cuando alguna exclama: «¡Oh qué noche tan larga!», quiere decir: «Véte.» Y si, por el contrario, le parece el tiempo ligero, entónces dice: «Espera.»

Con las mismas palabras, con el mismo tono, con la misma ortografía que en el lenguaje comun se expresa una cosa, en este lenguaje particular se dice otra distinta, y muchas vèces contraria.

He dicho que éste es el lenguaje del amor, y debo añadir que es más bien el lenguaje de las mujeres. Ellas conocen su debilidad y no se atreven á ir nunca de frente al punto adonde se proponen llegar. Les gustan los rodeos y prefieren á todos los placeres el placer de ser adivinadas. Es incomprensible cómo, siendo tan cautas, puedan los hombres engañarlas tantas veces.

Indudablemente la Marquesa procedia de esta manera en todo el discurso de su conversacion; cuando recomendaba á Miguel que tuviera juicio, es que queria volverlo loco; al asegurarle la sinceridad de su cariño, descubria el temor de un desengaño, pro-

bablemente por infundir en el alma de su amante la duda de que ella parecia poseida, porque á todos los atractivos de su amor queria añadir el atractivo que á nuestros ojos tiene la inconstancia.

Si nos permitimos traducir al lenguaje comun todo su discurso, se nos quedará reducido á estas sencillas frases: «¿Ves cómo te amo?..... Pues bien, puedo dejar de amarte.» Quería sin duda tener sujeto su corazón en el doble lazo formado por el temor, que entristece, y por la esperanza, que alegra.....

Debemos suponer que al proponerle la mision extraordinaria de poner la carta del Duque en manos de la criolla, buscó una negativa, y como la encontró tan pronta y tan resuelta como hemos visto, soy de parecer que sospechó de ella, admitiendo la posibilidad de que Miguel no se resignaba á hacer el papel de *tercero* á los ojos de Mercedes, lo cual suponía una susceptibilidad excesivamente delicada y un tanto sospechosa.

Así debemos explicarnos el empeño de que Miguel la acompañara, pues de esa ma-

nera lo obligaba á ser en cierto modo portador de la carta. Además, la Marquesa necesitaba el desquite de aquel wals en que la criolla salió triunfante, y llevarlo ella misma á su casa, era tanto como decirle: «Querida mía, no te temo.» Muchas tan cautas como la Marquesa suelen hacer lo mismo con insigne imprudencia.

Todo esto es pueril sin duda alguna; el lector acaso no se digne tomarlo en serio; pero debe saber que las mujeres son perpetuamente niños, que por todo lloran y de todo se rien, que de todo se asustan y con todo juegan, que todo lo quieren y todo lo rompen; en una palabra, que todo lo enredan.

Por si á Miguel le pareció raro el empeño de que la acompañara, quiso explicárselo, y dijo:

— No te admire el deseo de que me acompañes, porque tengo para ello la friolera de tres razones. La primera consiste en que hay en este asunto del loco de mi hermano una cuestion de familia: el matrimonio formalmente convenido entre Javier y Mercedes; y

tú, completamente desinteresado, puedes influir en el ánimo de la criolla, excusando el proceder de mi hermano, que es un tronera, y mitigando la irritacion que naturalmente ha de haber causado en el amor propio de la orgullosa criolla la irregular conducta del Duque. Tú tienes para esto un talento á propósito. Tu celebridad de hombre original nos viene de molde, y tú, adorable calavera, eres el único que puedes defender las calaveradas de mi hermano. Tú, que, por supuesto, ya has sentado la cabeza. Esta razon me parece concluyente, y es preciso evitar un rompimiento que sería de muy mal efecto. La segunda es que deseo que todo el mundo te conozca para que todo el mundo te quiera. Y en esto, añadió sonriéndose, llevo yo una idea que ahora me reservo. En fin, la tercera razon no tiene vuelta de hoja y es sumamente sencilla, pues está reducida á que no te separes de mí más que lo absolutamente preciso; por consiguiente, esta noche iremos los dos. Mira tú qué cosa, dijo soltando la carcajada; iremos á *entregar la carta.*

— Irémos, repitió Miguel satisfecho.

Tan vigoroso esfuerzo de lógica era capaz de convencer á una pared maestra, cuanto más á un hombre de carne y hueso, ante cuyos ojos se habia hecho brillar todo el esplendor de su influencia y de su importancia.

Era una empresa.....grave..... un alto asunto de familia, para el que Luisa lo consideraba necesario, indispensable, y claro está, quedó convencido. Además, ¿cómo excusarse despues de tan lisonjeras razones? Y hé aquí lo que es la vanidad de cualquier modo que se mire. Por vanidad se habia negado á llevar la carta, y por vanidad iba á llevar el hilo principal de la intriga. No habia querido ser *correo* y..... vean ustedes..... iba á ser *corredor*. Vamos..... la vida será una cosa muy alegre, pero el hombre es una cosa muy triste.

Cruzando la Marquesa sus delicados piés sobre el taburete de terciopelo que tenía delante, y abandonando la cabeza con graciosa indolencia al respaldo de la butaca en que se hallaba, dijo :

— Vamos ahora á la segunda noticia.

— ¿De qué se trata? preguntó el amante.

— Se trata, contestó ella, fijando indiferentemente los ojos en el techo, de una cosa muy séria, que me ha hecho desternillar de risa. Imagínate el caso más natural del mundo, que es al mismo tiempo inexplicable.

— Me llenas de interes y de curiosidad, me llevas de sorpresa en sorpresa, y me tienes con la boca abierta y el alma en un hilo.

— El caso no es para ménos, querido mio. Cuando lo sepas no vas á saber qué partido tomar, y forzosamente hay que tomar alguno.

— ¿Es asunto que se enlaza especialmente conmigo?

— Ya lo creo.

— ¿Cómo?

— ¿Cómo?..... así.

Diciendo esto, la Marquesa rodeó con sus brazos el cuello de Miguel. Éste, estremeciéndose, preguntó admirado :

— ¿Qué quieres decirme?

— Lo que te digo.

—Luisa de mi vida..... explícate por todos los santos del cielo.

—Pues oye. Tenemos escandalizada á la sociedad.

—¡Escandalizada!..... exclamó Miguel.

—Como lo oyes.

—¿Y es ésa la noticia?

—Ésa.

—¿Y qué dicen?

—¡Oh, dicen tantas cosas!

—¿De tí?.....

—De los dos.

—Pero, si nos adulan.....

—Ya; por eso nos muerden.

—Es una triste cosa.

—Justo, que hace reir.

—Y que puede hacer llorar, exclamó Miguel, poniéndose de pié con aire amenazador. ¿De qué puede escandalizarse la sociedad en que vivimos?..... Donde se concede á la traicion los honores de la lealtad, donde encuentran premio y alabanza las acciones más viles, donde no hay más ley que la ley del oro, ni más moral que la del interes, ni más Dios que el éxito; donde las gentes hon-

radas se esconden en el último rincon de sus casas, como si estuvieran avergonzadas de serlo, ¿quién se considera con derecho á escandalizarse? Pero, en fin, esa dificultad se resuelve fácilmente..... en haciendo enmudecer á uno verás cómo callan todos.

—¿Qué intentas? preguntó Luisa con ansiedad.

—No intento nada; acepto las cosas en el terreno en que se me presentan; me atacan y voy á defenderme.

—Ah, exclamó Luisa; veo que no conoces al enemigo que tenemos delante.

—Ya sé que es temible..... pero sé tambien que es cobarde; sé que es implacable con quien le teme, y débil con quien lo desprecia. Tiene cien bocas que hablan á la vez; mas para imponerles silencio á todas basta con cortar una lengua.

—Te engañas..... el mundo no perdona nunca á sus víctimas predilectas. Por otra parte, la maledicencia es anónima; nadie se hace responsable de ella, y sin embargo, todos son sus cómplices.

Aquí Miguel la interrumpió diciendo :

—¿Y he de consentir que despedacen tu decoro todas esas bocas que te sonrien, todas esas lenguas que te adulan?

—¿Y he de consentir yo, replicó la Marquesa, que expongas tu vida al azar de un lance inútil?

—¿Qué hacemos entónces?

—Primero, reirnos.

—Bien; ¿y luégo?

—Luégo.....

Quedóse Luisa pensativa y Miguel silencioso; ella sentada con la mejilla descansando sobre la palma de la mano; él de pié con los brazos cruzados.

Al fin fué ella la que rompió este embarazoso silencio, pronunciando lentamente las siguientes palabras:

—Confieso que las murmuraciones del mundo me son indiferentes, y que me sobra valor para arrostrarlas yo sola..... pero no hay nada que una mujer estime tanto como su decoro cuando ama de véras; y hé aquí por qué esta vez le tengo miedo al mundo.

—Eso es digno de tí, dijo Miguel; pero es bien injusto que tan delicados sentimien-

tos nos obliguen á bajar la cabeza ante la calumnia.

Al sonar la última palabra que acabo de escribir, levantó Luisa sus ojos y miró á Miguel fijamente; despues los bajó exclamando:

—¡ Ah!..... calumnia, calumnia.

Debió ser esta exclamacion una réplica incontestable, porque el héroe de nuestra historia se rascó la frente como si sintiera en lo íntimo de su razon el picor del convencimiento.

—Bien, dijo; convengo en que no hemos sido cautos dejando traslucir la inclinacion que nos une y dando pretexto á las suposiciones propias del caso; pero podemos darle al mundo un *mentís*, que por cierto será una gran venganza; porque nada lo desespera tanto como engañarse en sus malos pensamientos.

—¿Y cómo?..... preguntó Luisa.

—¿Cómo?..... haciéndole perder la pista de nuestro amor.

—Es tarde para eso, replicó ella con impaciencia, y si no encuentras otro medio más